Vicente Cacho y el rigor

José María Desantes-Guanter

Recordar el nombre de Vicente Cacho Viu me suscita siempre la idea de "amigo". No recuerdo el momento preciso en que le conocí, ni la persona que nos presentó, ni el lugar en que nos encontrábamos. Nunca trabajamos juntos. Aunque, en algún periodo, lo hicimos en actividades paralelas y en locales próximos, la mayor parte del tiempo estuvimos separados geográficamente y dedicados a actividades muy distintas. Y, cuando fueron iguales en materia docente, nos situaron en universidades diversas y alejadas. Sin embargo, la amistad de Vicente parece como si hubiese durado a lo largo de toda mi peripecia vital; y se mantuvo siempre, sin lagunas ni altibajos.

No es cuestión de hacer ahora un elogio de la amistad que tanta tradición tiene en la historia de nuestra cultura. Pero parece oportuno recordar que la vinculación interhumana entre dos amigos no se repite, porque no se repiten las personas que se relacionan amistosamente. Desde mi punto de vista, pienso que la vinculación con Vicente fue de pura amistad desinteresada. Y, sobre todo, ejemplar, no sólo en el sentido de una lealtad afectiva y efectiva recíprocas, que siempre existió, cuanto en el modelo que representó su personalidad, con todos los atributos que la constituían; y su comportamiento en las tareas que su formación le permitió atender.

Vicente fue uno de los hombres más cabales que he conocido, dentro de lo relativo que los términos rotundos tienen referidos a un ser humano. Basta recordar su entrega al trabajo que, en cada momento, desempeñó; su hombría de bien, su amabilidad, su tenacidad, su cultura, su sencillez. Nunca aparecía en primera fila. Se pueden mencionar anécdotas que manifiestan todas estas cualidades que, como ejemplos aislados, no son comprensivas de toda su vida activa porque no tengo noticia directa de algunos periodos de su existencia.

El dirigió la etapa más brillante de las exposiciones de arte del Ateneo de Madrid, principalmente en la sala de la calle de Santa Catalina, ayudado por Pepe Hierro, el gran poeta y común amigo recientemente desaparecido, del que se está dando una imagen poco real, por sesgada, obviando su auténtica humanidad. Recuerdo, en otro aspecto, un viaje con dos colegas desde

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pamplona a Madrid, por Vitoria y Burgos, en mi coche. Vicente, gran conversador, no paró de hablarnos encuadrando en cada paisaje geográfico los sucesos que allí habían ocurrido a lo largo de la historia, con detalles de fechas y personas que denotaban la dimensión amplia de sus conocimientos científicos, históricos y artísticos. En fin, una simple muestra de su modestia: cuando le concedieron el Premio Nacional de Literatura, en 1962, mencioné su reciente otorgamiento al presentarle a una persona muy apreciada por mí. Vicente calló; pero cuando estuvimos solos me rogó que no volviese a hacer mención del Premio ante nadie. Son unos rasgos sueltos que permiten trazar unas líneas elementales y sueltas de su perfil intelectual y moral, como prueba de la calidad del gran hombre que Vicente fue.

Cacho formó parte del grupo de hombres y mujeres que pusieron en marcha el Estudio General de Navarra en 1952, antes y después de su erección como Universidad. Fue una tarea tan esforzada como ilusionante que Vicente te la hacía vivir cuando te contaba detalles de aquel nacimiento de centros, aparentemente apresurado, pero siempre bien cimentado y fortalecido por la prudencia y el esfuerzo, que explican el prestigio internacional que pronto adquirió. Fue un ambiente de entrega personal que supuso el inicio de lo que después sería oficialmente Universidad de Navarra, cuando el propósito de los que allí trabajaban era hacer en cincuenta años, que ahora se están celebrando, lo que en las universidades clásicas se ha hecho en quinientos. Vicente desarrolló su docencia como historiador en la Facultad de Letras y en el Instituto de Periodismo, dirigido por Antonio Fontán, primera institución universitaria de estudios informativos de España, en el que se fraguó la actual Facultad de Ciencias de la Información o de la Comunicación. Levantar de la nada una universidad con medios materiales escasos suponía bastante más que atender celosamente a las aulas y a los alumnos. Cuenta, a este efecto, Francisco Gómez Antón, en su libro *Desmemorias* que, en aquellos comienzos, Vicente y él fueron encargados de revisar «con ojo rigurosamente crítico y sin contemplaciones», los escritos del Rectorado sobre lo que se llamaba todavía Estudio General, disperso en distintos locales de Pamplona, sin que se supiera dónde iba a estar situado definitivamente el Campus de la Universidad.

Este delicado encargo de confianza es otro trazo importante del talante de Cacho, que es el que tuve ocasión de observar más de cerca: su rigor crítico, "sin contemplaciones". Florentino Pérez-Embid fundó y dirigió la revista *Atlántida*, en 1963, aventura intelectual que cumplió a la vez varios cometidos complementarios y que espera un estudio a fondo de lo que significó en el panorama del pensamiento español. Fue una época difícil por la estrechez de los cauces que ofrecía la sinuosa legislación de prensa, en contraste con el anhelo de cambio que se vivía en los ambientes universitarios y culturales, y que, a veces a contracorriente de los poderes efectivos, ya había dado sus frutos en la reforma administrativa, en el sector económico

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y en las relaciones de España con el mundo. El proyecto de la revista estaba presidido por una idea programática inicial, sin excepción posible: había de ser una publicación ucrónica y utópica, de la máxima altura científica y cultural alcanzable en aquella etapa tensa de la situación histórica española. Lo que se hizo hábilmente compatible con que, en las reuniones informales de científicos en torno a la revista, se debatieran los cauces que, más tarde, sirvieron para dirigir la que se ha llamado transición política.

Pero la revista, en cuanto publicación diseñada para una etapa concreta, había de estar muy por encima de las eventualidades ajenas a la alta ciencia. En Florentino debió pesar aquella idea de Anton Wurster, otro gran amigo desaparecido, a quien extrañaba nuestro carácter hispano, en su gracioso castellano que todavía recordaba su lengua croata: "Las cosas no se *areglan* solas; se necesita alguien que las *arregle*". Efectivamente, filtrar los trabajos que, solicitados o espontáneos, llegaban a la revista, exigía una persona de criterio claro y de carácter a la vez suave, enérgico y rigurosamente crítico, que no se doblegara ante nada y ante nadie: ante influencias ni presiones, ante autoridades científicas o figuras influyentes más bien inclinadas al ensayo, pegadas al suelo, sin nada trascendente en su contenido. Que ni siquiera cediese ante el mismo director. Este hombre, difícil de encontrar y de mantener en su intrincada labor, fue Vicente Cacho.

Desde el primer número hasta el fin de su existencia, Vicente fue el celoso vigilante de que la publicación mantuviese su altura indeclinable. Cuando el profesor Cacho tuvo que dejar su cometido en la Redacción de *Atlántida* en 1968, su vacío fue una de las principales concausas que determinaron el momento de la desaparición de la revista. Que, a diferencia de otras publicaciones contemporáneas de menor porte y mayor segmento social al que iban dirigidas, careció siempre de apoyos, oficiales o no, que comprometieran su independencia. En definitiva, *Atlántida* ya había recorrido, cuando se extinguió, la singladura para la que fue creada, y tuvo un piloto avezado y riguroso que fue Vicente Cacho.

El rigor es una palabra no bien tratada por las academias del español –que no es sólo la Real Academia española, sino la de todas las academias de países de habla oficial castellana más Filipinas, Estados Unidos y Canadá–. El diccionario da preferencia al sentido de dureza y estrechez sobre el de exigencia y pulcritud. En este último sentido es como Vicente lo practicó. Su labor en *Atlántida* no se puede confundir con los criterios variables de la función de un censor que actúa por consignas políticas. En aquella revista no se censuraba nada: se admitía o se rechazaba en bloque, amable y razonadamente, el material recibido porque no se ajustaba al estilo exclusivamente científico de la revista.

Es conocido que censores de renombre adoptaron posiciones distintas con el lápiz rojo en la mano y ante las teclas de la máquina de escribir sus propios trabajos. Vicente fue tan exigente como redactor de la revista y

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

como autor. Hay que recordar la minuciosidad con que elaboró su tesis doctoral acerca de un tema difícil y delicado como era, por el momento, la historia de la Institución Libre de Enseñanza. El siguió una laboriosa línea de objetividad histórica, documentalmente fundamentada. Ahí está su resultado que se plasmó en un libro publicado con este mismo título que recogió la memoria doctoral que tuvo que cortar, en un momento determinado, por exigencias reglamentarias de plazo, para poder colacionar su título de doctor. De ahí su subtítulo delimitativo : *I. Orígenes y etapa universitaria.*

Nunca tuvo prisa para publicar sus escritos hasta que se veía obligado a hacerlo o estaba plenamente convencido de su total terminación. Aparte de la distracción que le supusieron otros trabajos, la preparación de los otros libros que publicó y sus oposiciones a Cátedra, Vicente siguió estudiando el tema de la Institución sin solución de continuidad después de la defensa de su tesis. Ignoro hasta donde llegó su investigación y en qué condiciones se encuentra el material resultante de este trabajo excedente. Pero pienso que su publicación, muy adecuada al momento en que se restituye a la Institución su sede originaria, constituiría un buen homenaje que añadir al *liber amicorum* al que van destinados estos párrafos en recuerdo de la amistad sólida de Vicente Cacho.

Apertura de curso en el Estudio General de Navarra. Octubre de 1959.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei